

El pueblo de los corruptos (Los relatos de Khirlak Grundson 7)

Autor: Sersi

-1-

La diligencia avanzaba a trompicones por el viejo camino. Kaz pensó con nostalgia que ya hacía tiempo que no subía a uno de estos vehículos. Eran mucho más cómodos que cabalgar a caballo, con el que siempre acababa con la espalda dolorida. Sobretodo si caías de uno, como le había sucedido hacía ya tres días. Aún le dolía el golpe. Abriendo su mochila, cogió un libro que había "sustraído" de la mansión del hechicero. Se titulaba "La magia en el Viejo Mundo", y trataba sobre las corrientes de magia que se originaban en el Polo Norte y se arrastraban hacia todo el resto del planeta. Tenía miedo que Aragorn viese su nueva posesión dado su fanático carácter religioso, y lo quisiera quemar en la hoguera; pero en esos momentos el cazador de brujas estaba conduciendo junto a Fëanor, por lo que no se debía preocupar. Empezó a leer un interesante capítulo dedicado a las mutaciones en humanos que poseían un pequeño control sobre los vientos de magia.

El carroje se paró de repente, haciendo que el pesado volumen se cayese al suelo. Gotrek y Clidfort, que habían estado durmiendo a su lado, se despertaron aturdidos. Unos gritos sonaron en el exterior, y todos cogieron sus armas instintivamente. Abriendo la portezuela, Kaz se apeó, observando lo que les deparaba al exterior. Un enano semidesnudo se encontraba justo delante de la diligencia, sosteniendo una enorme hacha en sus manos. Gritaba enfurecidamente en un idioma que no lograba entender. Parecía que el objetivo de su ira era el elfo que viajaba con ellos. Cuando observó con más detenimiento al corpulento hombrecillo vio que lucía tatuajes y joyas por todo el cuerpo, y una enorme cresta naranja se elevaba en medio de su pelado cráneo. Su curtida piel estaba llena de horribles cicatrices, destacando una enorme que le atravesaba toda la cabeza.

- *¿Qué demonios es esto?* -preguntó asqueado Clidfort -.
- *Un enano matador* -le respondió Gotrek -.
- *Y qué es eso?*
- *Es un enano que ha perdido todo honor, imponiéndose como meta tener una muerte honorable.*

Recorren todo el mundo buscando peligros a los que enfrentarse. No temen la muerte, la ansían.

- *Y todo esto solo por perder el honor?.* *Cuál puede ser la causa para convertirse en un matador?*
- *Yo en tu lugar no le preguntaría, se enfurecen mucho cuando les hacen preguntas sobre su pasado.*

Kaz se sobrecogió. Consideraba a Gotrek como a alguien muy irascible y gruñón. Que él dijese que ese enano lo era mucho, le provocaba escalofríos. El peligroso matador dejó de amenazar a Fëanor para ver mejor a Gotrek. Por un momento los dos parecieron examinarse el uno al otro. Finalmente el matador profirió una estruendosa carcajada.

- *Gotrek, garaz gromi!* -gritó en Khazalid mientras reía -.
- *Khirlak, doh grimzi!* -le respondió el también alegre Gotrek -.

Los dos se abrazaron, propinándose palmadas en la espalda mientras hablaban en su ancestral idioma, que sonaba como el golpear de dos piedras.

- *Dweskorum set yaks* -pareció contar su compañero enano -.
- *Ek wana umgis un elgi* -dijo el matador señalándolos -.
- *Ut ged drek bin Sylvania.*
- *Wanged Sylvania. Un ek, wanrag ged, wana ek throng.*
- *Nai gronit throng na* -Gotrek parecía apesadumbrado mientras respondía a su compañero -.

De repente los dos enanos se giraron para mirar a los compañeros. A los enanos no les gustaba hablar en su propia lengua delante de otras razas inferiores. Lo consideraban un idioma secreto.

- *Este es Khirlak Grundsson. Es un antiguo compañero, vivíamos en el mismo Karak* -les informó el enano -.
- *Saludos humanos* -su voz era gutural y hablaba un Reikspeil horrible -.

Todos lo saludaron con la mano, intentando no observar descaradamente su extraña apariencia.

- *¿Y por qué acompañas a humanos y un elfo a Sylvania?*
- *Vamos a matar un vampiro para conseguir su sangre.*
- *¿Qué demonios es un vampiro?*
- *Es una especie de humano que se ha vuelto loco de tanto chupar sangre, algo así creo...*
- *¿Y es peligroso ese vampiro?*
- *Me han dicho que es muy fuerte y peligroso.*
- *¡Ja!. ¡Os acompañaré para matar a ése monstruo!. ¡Ya tengo ganas de que pruebe el filo de mi hacha!*
- *De acuerdo, ya tenía ganas de hablar con un enano después de tanto tiempo de estar rodeado de humanos.*
- *Perdona, pero tu amigo no recibirá ninguna recompensa por matar el vampiro* -les interrumpió Clidfort -.
- *Los matadores estamos por encima de los bienes materiales, no me interesa el dinero* -le contestó tajante Khirlak -.
- *Por cierto* -le preguntó Gotrek -. *¿Cómo te hiciste esta gran herida que tienes en la cabeza?*
- *Fue luchando contra un enorme troll, me golpeó con una piedra. Pero tranquilo, ya sabes que tengo la cabeza muy dura.*

Los dos enanos se dirigieron hacia la diligencia mientras hablaban y reían sobre hechos pasados. Una vez todos dentro, Aragorn espoleó los caballos para que continuaran con el viaje. Kaz se reprimió un quejido al oler el ambiente del habitáculo de pasajeros. El matador apestaba, y la grasa de cerdo que utilizaba para mantenerse la cresta bien tiesa no mejoraba mucho las cosas.

- *No te preocunes por el elfo, Khirlak* -le comentó su compañero -, *ya lo tengo vigilado a todas horas para que no nos traicione.*
- *¿De qué elfo me hablas?* -le preguntó confundido el matador -.

Kaz tomó aire. En el techo de la diligencia se podía respirar un aire más puro que el de dentro del habitáculo para pasajeros. A su lado, Aragorn tiraba de las riendas mientras conducía. La tarde estaba cayendo, y el cielo parecía un bonito mar rojo. Aunque el camino empedrado que recorrían hacía que dieran tumbos de vez en cuando, le parecía que era un viaje descansado. Realmente fue toda una suerte que hubieran podido adquirir esa lujosa diligencia; con ella Kaz podía revivir la buena vida que llevaba en Altdorf. Pero todo eso solo formaba parte del pasado. Ahora era un aventurero ansioso de encontrar grandes riquezas, de volver a ser rico. Si tenían suerte y podían conseguir la sangre de vampiro que Sweitztimfer les había encargado, muy pronto podría estar estudiando alquimia otra vez. Cerrando los ojos, pudo experimentar la sensación de poder que sentía al manipular los elementos a su antojo. Con ellos podía hacer lo que quisiese: darles nueva forma, color o aroma, transformarlos en otras cosas... Un sentimiento de añoranza le invadió durante un momento. No soportaba a muchos de sus nuevos compañeros. Aragorn era un fanático peligroso, Gotrek un gruñón malhumorado y su nuevo "colega", Khirlak, era un demente y un psicópata que encima olía fatal.

Otro tábano se estampó en toda su cara. Ésos malditos insectos le estaban fastidiando desde que recorrían el maltrecho camino. El genial obrero que lo construyó en ese lugar no debió pensar que el cercano río rodeado de marismas era un nido de infernales insectos chupa sangres. Igualmente, no se debía quejar mucha gente de este problema, ya que el camino parecía abandonado desde hacía mucho tiempo. Seguramente comunicaba con Drakenhof u otras ciudades de Sylvania, pero desde las guerras de los vampiros no demasiada gente se dirigía allí.

La diligencia frenó en seco, haciendo que el joven casi saliese volando de su asiento.

- *¿Qué ocurre?* -le preguntó a Aragorn -.
- *Hay un cuerpo tendido en medio del camino.*

Efectivamente, un cuerpo yacía inmóvil delante de su vehículo. Parecía llevar unas ropas rasgadas y estar malherido... o muerto.

- *Seguramente le ha atacado una bestia salvaje o un grupo de salteadores.*
- *Seguramente.*
- *¿Por qué has parado?* -dijo Clidfort saliendo por la portezuela -.
- *Tienes la respuesta delante de ti* -le dijo fríamente el cazador de brujas -.

El bribón pareció observar al cuerpo mientras se atusaba su elegante bigote.

- *Esto me da mala espina. Podría ser una trampa. Algunos bandidos hacen servir anzuelos para tender emboscadas a sus víctimas.*
- *Dada tu condición, seguramente hiciste algo parecido en el pasado* -susurró Aragorn despectivamente -.

Clidfort y Aragorn se lanzaron frías miradas, que si mataran, los hubieran fulminado a ambos en pocos segundos.

- *¿Qué demonios ocurre aquí?* - Gotrek también salió del interior del vehículo -.
- *Es que tendré que explicar uno a uno lo que pasa?* -se quejó el conductor -.
- *Un maldito cuerpo hace que nos paremos?* -el matador siguió a su compañero al exterior seguido del elfo -. *Tardaremos más en llegar ante ese monstruo chupasangre por su culpa?*

Con paso decidido se dirigió hacia el yacente mientras balanceaba su enorme hacha.

- *Es que los humanos no sois lo suficientemente listos como para apartarlo del medio?*

En ese momento otro tábano picó a Kaz en el cuello. Se quedó sorprendido al comprobar que en realidad era un dardo con un gran penacho rojo. Quiso gritar, pero contempló fascinado como otro dardo alcanzaba a Fëanor en el cuello. Pensó divertido que el soplervatana que los disparaba debía tener muy buena puntería. Una red cayó encima de Gotrek, atrapándole por completo. No pudo reprimir una risita al imaginarse al enano cómo a un pez al que un pescador atrapaba. Vio también que el yacente cuerpo se levantaba del suelo, golpeando al matador con un enorme garrote. El joven estalló a carcajadas al ver que el pobre hombre tenía dificultades para dejar inconsciente al enano. Realmente ese loco debía tener la cabeza muy dura. Al observar al elfo, pudo comprobar que él también estaba riendo. Rieron los dos juntos. Todo era tan divertido. Que sencillo era todo. En su mente desfilaron absurdas ideas para construir un pozo negro que se limpiaba él solo. Luego una agradable oscuridad lo embargó, acunándolo en el olvido.

3

La primera sensación que tuvo al despertar era que le dolía enormemente la cabeza. Una multitud de gruñones enanos, ¿o eran duendes?, cogieron unos grandes y crueles martillos, golpeando con ellos su dolorida cabeza. El incessante martilleo le sumió en un delirante estado. Todo daba vueltas, la oscuridad daba vueltas. Al cabo de unos minutos los enanos se esfumaron, y el dolor de cabeza fue remitiendo lentamente.

Cuando su vista se aclaró, pudo ver que la noche había caído. *¿Habían pasado horas o días?* Cuando intentó levantarse, pudo comprobar apesadumbrado que unas cuerdas le sujetaban contra un tronco. Intentó desembarazarse de ellas, pero estaban bien sujetas. Las cuerdas le rodeaban torso brazos, quedando sólo libres las piernas, que estaban tendidas en el suelo. Miró a su alrededor, en busca de alguna cosa que pudiese ayudarlo a librarse de sus ataduras. A su lado, Fëanor estaba en las mismas condiciones que él, y parecía que sufriese una terrible migraña. Una hoguera iluminaba el pequeño claro en dónde se encontraban. Cerca de ella estaban sentadas dos personas, bebiendo silenciosamente de unas petacas. Intentando girar el cuello para mirar a su alrededor pudo ver que en otro árbol estaban atados Clidfort y Aragorn. Los dos estaban despiertos y miraban enfurecidos a su alrededor. En otro árbol estaban los desafortunados enanos, envueltos en gruesas redes. No pudo distinguir si estaban conscientes o no.

- *¿Qué ha pasado?* -la voz del elfo sonaba abotargada -.
- *Creo que nos han atacado haciendo servir venenos. Ahora estamos en sus manos.*
- *¿Quién nos ha atacado?*
- *Eso dos, creo.*
- *Sólo dos personas han podido capturarnos?*

- *Vaya, me parece que nuestros amigos ya se han despertado* -el hombre más corpulento se levantó y avanzó hacia ellos. Kaz pudo ver que era el mismo hombre que los había atacado durante los últimos días -.
- *¿Quién eres, que nos persigues con tanta insistencia?* -le preguntó -.
- *Eso no te interesa* -con una calculadora mirada observó a todo el grupo -. Thomas -dijo llamando al otro hombre - *¿Ese tipo atacó vuestro refugio?*

El hombre miró al aludido, Aragorn, y negó con la cabeza.

- *No, es la primera vez que lo veo.*
- *¡Eh, vosotros!* -el cazador de brujas intentó atraer la atención de los dos -. *¡Venid aquí cobardes!*

El fornido hombre vestido de negro se acercó hacia él y se agachó a su lado.

- *¿Quién demonios eres y qué quieres de nosotros?* -inquirió al extraño -.
- *Pobre desgraciado, ¿quién te mandaba ir con éstos?*
- *No has respondido a mi pregunta.*
- *Tus amigos... el enano, el elfo, el hombre del bigote y el joven larguirucho participaron en el asesinato del hijo de un conde elector.*

El cazador de brujas abrió los ojos de par en par, sorprendido por la respuesta.

- *¿Es cierto esto que me dices?*
- *Ya lo creo, y el conde de Averland se alegrará mucho de ver cómo le traigo sus cabezas.*
- *Así que eres un cazarecompensas. ¿Y en cuánto están valoradas sus cabezas?*
- *No te importa.*

Aragorn pareció reflexionar un instante, antes de levantar el rostro con una expresión determinada.

- *Me dan igual tus motivos, ellos y yo tenemos que cumplir una importante misión.*
- *¡Ja, ja!. Realmente eres ingenuo. Yo también tengo que cumplir con una misión: llevarlos a Averheim.*
- *Tú no sabes quién soy.*
- *¿Quién eres, don interesante?*
- *Soy un cazador de brujas de la orden del martillo de Sigmar. Soy el flagelo de los impuros y los herejes. Mi misión en este mundo es sagrada y no puedes impedir que la lleve a cabo.*

El hombre se quedó meditabundo un buen rato. Al fin se pronunció:

- *Ya veremos lo que hago contigo más tarde.*

Él y su compañero se volvieron a la hoguera para reanudar el pequeño banquete. Kaz intentó desatarse de nuevo, sin resultado aparente. Las cuerdas le rasgaron la piel dolorosamente, lo que le hizo desistir finalmente. Pasó un largo rato pensando en todo lo acontecido en el refugio de los salteadores. Después observó a los dos hombres. Aún estaban apurando el poco alcohol que les quedaba.

- *Mira a tu alrededor y dime lo que ves -le susurró al elfo -.*
- *Creo ver nuestra diligencia entre éhos árboles. Los caballos están atados y...*
- *¿Qué ocurre?*
- *Veo a alguien acercarse.*
- *¿Quién?*
- *Son hombres, unos siete u ocho.*
- *No digas nada.*
- *¿Y si son malhechores o bandidos?*
- *Cualquier persona que no quiera nuestra cabeza como estos será mejor compañía.*

Unas figuras avanzaron sigilosamente entre la maleza, acercándose lentamente al claro en donde estaban. Antes de que los dos cazarecompensas se dieran cuenta, ocho hombres armados aparecieron ante ellos. Los dos apenas tuvieron tiempo de desenfundar sus armas. El grupo iba armado con espadas y rodelas; parecían unos soldados experimentados.

- *Vaya, vaya... Nos volvemos a ver, Garrad* -dijo el que parecía ser el líder al cazarecompensas -.
- *Sabandija Liam... Creía que habías muerto en la batalla de los monolitos.*
- *Pues como puedes comprobar, estoy vivito y coleando.*
- *Seguramente gracias a que eres un perfecto cobarde.*
- *Vigila tus palabras amigo, tu hermano no está aquí para ayudarte.*
- *No necesito a mi hermano.*
- *Je, je... siempre arrogante y feroz como todos los norteños. Y veo que aún eres el mejor rastreando a presas* -Liam pasó la mirada por los compañeros -.
- *Y tú sigues siendo un ruin oportunista.*
- *Amigo... en este difícil negocio todo vale. Al enterarme de la suculenta recompensa que ofrecía el conde por los asesinos de su hijo, y al saber que conocías a la única persona que los había visto... bueno, pensé que mi viejo amigo Garrad podría ayudarme a ganar una cuantas coronas de oro.*
- *Estas presas son mías, yo las he cazado, me pertenecen.*
- *Tienes razón, amigo.*
- *No me llames amigo.*
- *Como quieras, pero nosotros somos ocho, y vosotros tan solo dos. Tranquilos, os dejaremos con vida, pero tan solo si nos los entregáis pacíficamente.*
- *Eso nunca.*
- *De acuerdo... matadlos* - a su orden todos los soldados avanzaron hacia ellos -.

Garrad y Thomas desenfundaron sus espadas, mientras los mercenarios se iban acercando. De una patada, Garrad envió hacia sus oponentes las brasas de la hoguera, quemando a dos de ellos. Mientras los dos mercenarios que se quemaban daban vueltas por el suelo, otro par de hombres saltaron hacia cada uno de ellos. Thomas paró el primer ataque con su espada, esquivó el segundo apartándose a un lado y gimió de dolor cuando el tercero le abrió las tripas. Miró con fascinación como todos los intestinos le caían desparramándose al suelo, manchándolo todo de sangre. Después solo vio la oscuridad.

Garrad paró un ataque mal dirigido del mercenario, haciendo que perdiera momentáneamente la

defensa, instante que aprovechó para clavarle el arma en el pecho. Otro hombre le atacó trazando un arco con su espada. Apenas pudo esquivar el ataque saltando hacia atrás. El cazarecompensas vio preocupado como Liam y cuatro soldados más se abalanzaban hacia él. De su chaleco sacó dos dagas que lanzó rápidamente a uno de sus atacantes. Las dos se clavaron en el torso de uno de ellos, derribándolo al suelo. Instantes después salió corriendo del claro, huyendo de sus enemigos.

Los demás ayudaron a apagar a sus compañeros. Cuando estuvieron a salvo, retiraron los cadáveres a un rincón apartado y se sentaron como si nada hubiera pasado alrededor de la hoguera.

- *Maldito Alcaudón!. Ha matado a dos de los nuestros y herido a otro par* -dijo furiosamente su líder -.
- *Bueno jefe, pero los tenemos a ellos. Piense en la recompensa* -le comentó uno de sus secuaces -.
- *Tienes razón. ¡Tenemos que celebrar que somos ricos!* -el hombre se fue animando con esta idea -.
- *¿Y qué hará con ellos jefe?. ¿Les cortamos la cabeza aquí mismo o les llevamos el cuerpo entero a Averheim?*
- *Ya lo pensaremos más tarde, Khirt.*
- *Hemos salido de la boca del lobo para caer en las brasas* -le susurró Kaz a Fëanor -.

4

Los seis soldados supervivientes al ataque contra Garrad empezaron a celebrar su victoria, cantando y emborrachándose. Kaz observó impasible cómo se iban animando por momentos, bebiendo y bebiendo de sus petates. Uno de ellos, totalmente ebrio, se acercó a él tambaleándose.

- *Gracias cabeza... gracias a ti seré rico* -el hombre estaba totalmente ido -.
- *¿Me podrías decir lo que pagan por mi cabeza?*
- *Tu cabeza, la del enano, la del elfo y la del hombre del bigote... creo que unas cinco mil coronas de oro por cada una...*
- *¡Cinco mil coronas de oro!* -el joven no pudo reprimir un silbido al saber tal cantidad -.
- *¡Je!. No sé ni cuantas monedas son... pero creo que son muchas.*
- *Y esta recompensa la ofrece el conde de Averland...*
- *Sí, y tenemos que llevarlos a Averheim para cobrarla.*
- *¿Y hay mucha gente que nos persiga por esta recompensa?*
- *Solo ese Garrad y nosotros. Él es el único que os conoce... pero Liam es muy listo y supo que siguiéndolo os encontraría* -el soldado soltó una risita al decir esto último -.
- *¡Breight!* -le llamó su líder -. *¡No hables con nuestra mercancía!*

Con paso vacilante, el secuaz volvió a dónde estaban sus amigos. La juerga continuó durante lo que a Kaz le pareció una eternidad. El cansancio y la presión que sentía hicieron que poco a poco se fuese durmiendo. Un grito lo sacó de sus sueños.

- *Eres un estafador!* -gritaba uno de los soldados a su jefe -. *¡Te aprovechas de nosotros porque no sabemos contar!* . *¡Pero yo sí sé!*
- *No te exaltes Khirt.*
- *Ahora que Abraham y Meins han muerto, nos corresponde una parte más grande a cada*

uno de nosotros.

- *Te equivocas, y será mejor que no me rechistes.*
- *Las cuatro cabezas hacen un total de veinte mil coronas de oro, que repartidas entre seis son unas cuatro mil para cada uno.*
- *Tres mil trescientas treinta y tres y diez chelines para cada uno -le corrigió Kaz -.*
- *Eso. Y tú nos querías dar tan solo dos mil.*
- *Yo soy vuestro líder, gracias a mí habéis podido encontrar a éstos, me merezco una parte más grande de la recompensa.*
- *No estoy de acuerdo.*
- *¿Y si te diese una pequeña parte a cambio de que no incitases a los demás?*
- *Esto está mejor.*
- *¿Qué estáis confabulando vosotros dos? -otro hombre se levantó del suelo, aún medio borracho -. ¿Acaso no queréis compartir el botín con nosotros?*
- *¡Confabuladores! -gritó otro -.*
- *¡Sí, comfalusadores! -gimió el que estaba más borracho -.*
- *¿Acaso estáis discutiéndome?*
- *Nunca me has gustado, Liam -dijo uno -.*
- *No necesitamos compartir el botín contigo -declaró otro -.*
- *¡Callad malditos borrachos! -les gritó Khirt -.*
- *¡Así que tu estás compinchado con él!*
- *¡Matémoslos a los dos!. ¡Así no tendremos que repartir tanto el botín!*

Los seis soldados se enfrascaron en una terrible pelea alrededor de la hoguera, mientras los compañeros les observaban. Liam propinó un tremendo puñetazo que rompió la nariz de unos de sus secuaces. Otro se encaramó a su espalda y le empezó a golpear la cabeza. Agarró a su contrincante por la solapa del abrigo y lo lanzó al suelo, pateándole la cabeza hasta que brotó sangre. Khirt lanzó una patada en las partes nobles de un soldado, que se retorció en el suelo mientras gritaba afeminadamente. Sintió un gran dolor cuando le golpearon la espalda con una tea ardiente, cayendo de rodillas al suelo.

Mientras la escaramuza continuaba, Kaz intentó aprovechar la situación como pudo. A marchas forzadas, elaboró un plan para escapar.

- *Eh, tú! -llamó a uno que se había distanciado un poco de la pelea -. El hombre pareció vacilar un momento, pero finalmente se dirigió hacia él.*
- *¿Qué quieres? -el soldado tenía un ojo hinchado y estaba un poco borracho -.*
- *Mira a tus compañeros, mientras se pelean no se enteran de nada.*
- *¿Adónde quieres llegar?*
- *Si nos llevases tú solo a Averheim, todas las veinte mil coronas de oro serían para ti.*
- *Vaya... - su cara se arrugó en una estúpida mueca al intentar pensar en el estado en el que se encontraba -.*
- *Desátanos sin que ellos lo vean y serás rico. Sacando un cuchillo de su bota, el hombre empezó a cortar las ataduras que sujetaban a Kaz. Cuando finalmente quedó libre, estiró brazos y piernas para desentumecerlos.*
- *Quédate aquí mientras desato a los otros.*
- *Claro...*

Cuando se hallaba cortando las cuerdas de Fëanor, Kaz le propinó un golpe en la cabeza con un grueso leño. El soldado cayó inconsciente al suelo. Cogiendo el cuchillo, desató a su compañero que le agradeció su liberación.

Mientras tanto, la pelea continuaba. Liam intentó ahogar con sus manos a uno de sus contrincantes, pero algo muy pesado le cayó encima de la cabeza. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, consiguió apartar la oscuridad que se cernía sobre él. Girándose, vio que Khirt estaba a punto de lanzarle otra piedra, que consiguió esquivar por los pelos. Rodando por el suelo, evitó una tercera piedra que cayó en la crepitante hoguera. Cogiendo una tea hirviendo, la lanzó contra su antiguo compañero, pero éste se agachó justo a tiempo y el leño voló por encima de su cabeza. Aunque ninguno de ellos se dio cuenta, la tea hizo que un grupo de hojas secas empezaran a arder. Muy pronto el fuego se propagó, rodeándolos.

Kaz desató al último de sus compañeros. Una vez todos estaban de pie, observaron la violenta pelea y el fuego que se había propagado por todo el claro.

- *¡Cojamos nuestras cosas y salgamos de aquí!* -les apremió -.
- *¿Y nuestra diligencia?* -le preguntó Clidfort -.
- *No importa esto ahora, tenemos que escapar del fuego.*
- *¡Yo quiero matar a esos humanos que nos han apresado!* -gritó enfurecido Khirlak -.
- *No hay nada que matar ahora, ya se deben estar quemando en su propia pira funeraria* -le tranquilizó.

Los seis cogieron sus esparcidas posesiones y huyeron del crepitante incendio.

Liam volvió a golpear la cabeza de Khirt contra el suelo, oyendo como su cráneo se rompía. Levantándose, observó a su último oponente, era Jofred y parecía muy malherido. Sonriendo esperó su carga, ya que su pierna rota le dificultaba los movimientos. Con un grito de furia, Jofred se lanzó hacia él. Justo lo que había estado esperando. Con una mano le agarró el cinturón, y con la otra el cuello. Aprovechando su propio impulso, lo envió volando por los aires, cayendo pesadamente al suelo. Una vez tendido boca abajo, le rompió el cuello con la pierna sana. ¡Ya está!. ¡Él era el único superviviente!. ¡Ahora podría tener toda la recompensa para él solo, sin tener que compartirlo con nadie!. Mientras disfrutaba de ese momento de triunfo, notó por primera vez que estaba sudando a raudales. Un gran calor lo rodeaba por todas partes, haciendo que sus ensangrentadas ropas se le pegaran a la piel. Con un increíble miedo, vio que un muro de llamas lo rodeaba. Entendió al instante que estaba condenado, no podía escapar de las llamas con la pierna malherida. Se sentó en el suelo y esperó sorprendentemente tranquilo a que las llamas lo devoraran.

5

El viento arrastraba las cenizas, dispersándolas por todo el bosque. De los antaños grandes y viejos árboles, ahora solo quedaban unos ennegrecidos y chamuscados tocones sin vida. La hierba había desaparecido, dejando al descubierto una tierra seca y arenosa. Nueve esqueletos carbonizados yacían aquí y allá entre los restos, sonriendo a Garrad con sus siniestras calaveras.

Las presas habían huido. ¡Malditos desgraciados!. Justo cuando los había capturado, el patético Laram se los arrebató ante sus ojos. Apenas había podido escapar con vida. Él era un magnífico

luchador, pero no tenía nada que hacer contra ocho enemigos. El pobre desgraciado de Thomas no había tenido tanta suerte. No podía diferenciar su cadáver al de los demás, todos eran ahora esqueletos. Mirando al suelo, vio un rastro de pisadas que se alejaban rumbo noroeste. Un par eran profundas, las habían hecho alguno de gran peso corporal. Seguramente los dos enanos. Otra tenía una forma alargada y delgada, debían corresponder a las del humano de gran altura, Kaz. Otro par seguían la misma dirección, los dos hombres que los acompañaban. Con indignación, comprobó que no encontraba las huellas del elfo. Todos los malditos condenados de su raza tenían una gran habilidad para no dejar rastros.

Sylvania, allá se dirigen. Ya estaban muy cerca, apenas a dos días de viaje. Él no pensaba acercarse a esas tierras malditas, llenas de corrupción. Decían las leyendas que la nobleza de la zona eran malignos monstruos que se alimentaban con la sangre de sus plebeyos. No, no los seguiría hacia Sylvania, era demasiado supersticioso. Pero su honor y prestigio se verían afectadas después de dejar escapar a esos.

Sentándose en una roca calcinada, abrió su petate y tomó un largo trago de güisqui. Tendría que recurrir a su hermano. Si alguna vez conseguían salir vivos de esas tierras, su hermano lo sabría. Era un mago poderoso. Bien pensado, las cosas no habían ido tan mal. Ahora que Thomas y Laram habían muerto, él era el único que conocía el aspecto de los asesinos del noble. Sólo él podría reclamar la recompensa. No, realmente las cosas no le habían salido mal. Ahora era sólo cuestión de tiempo antes de volver a cazarlos. No desistiría, había jurado atraparlos y lo haría. Simplemente, tenía que esperar a que sobreviviesen a su viaje por Sylvania.

6

Kaz ya no podía más, hacía horas que corrían. Ya habían dejado atrás la noche y el lugar en donde los tuvieron cautivos. A medida que los rayos nacientes del sol iluminaban las tierras donde se encontraban, pudo ver que la aridez era el factor común. Un terreno rocoso, poblado por bosques de retorcidos y decrepitos pinos los rodeaba. Fëanor, que iba en cabeza gracias a sus ligeros pies, paró en seco. Los demás también pararon, agradecidos por el descanso. Kaz se tumbó en el suelo, resoplando para recuperar el aliento. Un molesto flato le producía punzadas en el costado. Apenas pudo coger su cantimplora y tomar un trago de agua caliente. No se molestó en saber el motivo por el cual el elfo se había parado, estaba demasiado cansado para preocuparse. Solo cuando el suelo retumbó bajo sus pies, empezó a preocuparse. Cuando levantó la vista, pudo ver que el estruendo lo provocaban un montón de jinetes que se dirigían hacia ellos. Una gran diligencia los seguía de cerca.

- ¡Tenemos que huir! -les apremió Clidfort -.
- ¿Por qué tendríamos que huir? No sabemos quienes son -le comentó Aragorn -.
- Igualmente ya nos han visto y nosotros no tenemos monturas para darles esquinazo -dijo Kaz -.
- Fëanor, ¿puedes ver quiénes son? -le preguntó -.
- Parecen soldados armados. Creo ver que encima de la diligencia llevan dos grandes arcas, con una especie de martillo grabados en ellas.
- ¡El símbolo del martillo! -exclamó contento el cazador de brujas -. Son seguidores de Sigmar el bendito, no nos debemos preocupar por nada.
- Eso espero -dijo el bribón -.

- *Y si quieren problemas, estaremos esperándolos ansiosos* -amenazó el matador asiendo su hacha de batalla.

Todos esperaron a que el batallón se les acercase, unos más atemorizados que los otros. Mientras se acercaban, Kaz pudo ver que eran unos cincuenta soldados imperiales, todos bien armados con espadas y pistolas. La diligencia parecía el típico vehículo de recaudación de impuestos, pero fuertemente blindada. Con señas, llamaron a los hombres, esperando a que se pararan. El que iba en cabeza pareció reparar en sus gestos, haciendo parar a toda la comitiva. Cuando los vio de cerca, pudo comprobar que todos eran hombre curtidos que lucían innumerables cicatrices de muchas batallas.

- *¿Quiénes sois?* -les inquirió el hombre que parecía el líder -.

- *Somos viajeros señor* -le respondió Kaz -. *Hemos tenido un desagradable incidente con nuestra diligencia, y nos gustaría que tuvieran la amabilidad de orientarnos un poco.*

- *Están ustedes en las tierras orientales de Sylvania, nosotros las llamamos las tierras marchitas.*

- *Y serían tan amables de decirnos dónde está la población más cercana?*

- *El pueblo más cercano es Heirengreim* -dijo desenrollando un grueso mapa -. *A medio día de viaje al norte de aquí. Pero yo les recomiendo que no se internen por estos parajes, son peligrosos.*

- *Por qué motivo?*

- *Es que no conocen como mínimo las leyendas sobre Sylvania?. Podéis encontrar manadas de monstruos recorriendo los caminos, mutantes, proscritos, caníbales sedientos de sangre... Aquí ni tan solo los muertos descansan en paz.*

- *Entiendo...*

- *Veo la incredulidad en tus ojos, muchacho. Puedes creerme, nosotros somos recaudadores de impuestos, y mira como tenemos que cumplir nuestra tarea: con un contingente armado para evitar los peligros de aquí.*

- *Igualmente* -interrumpió Clidfort -, *iremos a Heirengreim.*

- *Vayan con cautela, e intenten no dormir al raso, es la cosa más peligrosa que pueden hacer.*

- *De acuerdo, gracias por todo.*

- *A lo mejor nos volvemos a ver, Heirengreim está dentro de nuestra ruta de recaudación.*

Espoleando sus caballos, el contingente siguió su viaje, dejando a los seis compañeros detrás.

- *Alentadores sin duda sus consejos* -gimió Fëanor -.

- *Tengo ganas de dormir al aire libre esta noche* -comentó Khirlak -.

Muy pronto desearon abandonar Sylvania. Las tierras que recorrían eran yermas y desiertas. Los pocos árboles que crecían allí eran negros y decrepitos. No llenaban sus cantimploras del agua de los ríos, ya que ésta era sucia y oscura. Cuando miraban a su alrededor no veían ni un animal, por lo que no podían cazar nada para comer, teniéndose que conformar con el duro pan de viaje. Pero lo peor eran las noches. Todos y cada uno de ellos habían oído los ruidos de pies arrastrándose, los lamentos que se prolongaban durante minutos y sobretodo los terribles aullidos fantasmagóricos

que los llenaban de un temor inimaginable. Incluso el matador sentía pavor cuando decenas de ojos rojos los observaban desde el follaje del bosque.

Para Kaz, la peor experiencia que tuvieron fue cuando cinco personas se acercaron en dónde acampaban. Todas iban vestidas con largas túnicas de seda que revoleteaban con un viento inexistente. Las cuencas de sus ojos estaban vacías, y su piel arrugada hasta lo inimaginable. Pero lo que más le asustó fue que emitían una pequeña luz azulada y parecían transparentes. Realmente fue la peor experiencia de toda su vida. Aún soñaba con esa aparición. Aunque tuvo que admitir que aún habían tenido suerte pudiendo escapar con vida, nunca podría olvidar esos rostros. Clidfort había tenido que recordarles muchas veces la recompensa de diez mil coronas de oro que les esperaban en Altdorf. Si no fuera por él, ya habrían vuelto todos a casa.

Finalmente, después de muchas angustiosas jornadas, llegaron a un pequeño pueblo situado en medio de una llanura desierta. Arrastrando con fatiga sus piernas, se internaron entre las casas, pensando con esperanza que hubiese alguna posada en donde se pudieran hospedar.

- *Tengo un mal presentimiento* -declaró Clidfort -.
- *Yo también* -le apoyó Fëanor -, *parece que no haya nadie aquí*.
- *¿Puede que hayamos entrado en un pueblo fantasma?* -preguntó Kaz -.
- *Puede ser.*
- *Entonces intentemos encontrar algo de valor* -les incitó el bribón -.
- *Tardaríamos demasiado, hay muchas casas. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo con sandeces de este tipo* -le amonestó Aragorn -.
- *Pero podríamos investigar como mínimo lo que ha pasado aquí* -les pidió el elfo -.
- *Yo quiero matar al vampiro* -dijo el matador -. *Aquí no veo nada interesante para matar.*
- *Será mejor que nos separemos, así iremos más rápido al explorar todo esto* -les aconsejó el joven aprendiz -.
- *Me parece bien. Yo, Aragorn y Fëanor iremos por esa zona de allí* -dijo Clidfort señalando el grupo de edificios más altos -. *Los demás buscaréis por el resto del pueblo.*

Nadie discutió sus palabras, dirigiéndose cada uno a su destino.

8

Fëanor fue el primero en subir las quebradizas escaleras. Con mucho cuidado, subió peldaño a peldaño, parándose cuando oía un crujido fuerte. Cuando llegó arriba, indicó con un gesto a sus compañeros que lo siguieran. Los dos humanos empezaron a subir lentamente, sin tanta agilidad como el elfo. Los dos se sobresaltaron cuando un peldaño se hundió bajo los pies de Aragorn. Por suerte, Clidfort agarró por los brazos al cazador de brujas antes que pudiera caer. Con su gran fuerza lo levantó, dejándolo de nuevo en las escaleras.

- *Gracias* -dijo el accidentado de mala gana -.
- *De nada.*
- *Ya os dije que entrar en esta mansión no era buena idea* -les avisó Fëanor -. *Es el edificio que está en peor estado.*
- *Si pero seguro que es donde podemos encontrar más riquezas* -argumentó el bribón -.

- *El afán por lo material puede llevarte a la condenación* -le previno Aragorn -.

Encogiéndose de hombros, Clidfort continuó subiendo, seguido de cerca por el otro hombre. Una vez arriba, pudieron ver un gran número de puertas que se abrían ante ellos. Algunas estaban tan carcomidas que se caían a pedazos, otras estaban apenas sostenidas por sus goznes. Aragorn avanzó hacia la que le pareció la más grande de las habitaciones. Multitud de cortinas pendían de las paredes y ventanas, algunas manchadas de sangre seca. Dos grandes armarios se disponían a los lados de la sala, y en medio de ésta había una gran cama doble. Pero incluso los años de entrenamiento en la orden del martillo no le iban a preparar para lo que iba a ver. Encima de la cama se encontraba el cuerpo de la niña. Una sencilla camisa de seda cubría su torso, pero de éste no sobresalían ni brazos ni piernas, solamente había muñones en su lugar. Su rostro era azulado macilento, sin denotar rastros de vida aunque tuviese los ojos abiertos. Una larga y bien peinada cabellera negra caía sobre una ensangrentada almohada.

- *¡Por el Emperador! ¿Quién debe haber hecho esto?* -exclamó el cazador de brujas -.
- *¿Qué demonios?* -el elfo entró en la sala y se quedó mirando atónito al cuerpecito -.

Sus ojos se abrieron como platos. Apenas tuvo tiempo de salir de la habitación para vomitar. Haciendo caso omiso a su mareado compañero, Aragorn se acercó a la cama par examinar con detenimiento al cadáver, no sin antes cubrirse el rostro con la punta de la capa para evitar infectarse de cualquier enfermedad.

Todo ocurrió de repente. Cuando el hombre se agachó ante la niña, ésta profirió un alarido desgarrador, levantando la cabeza para morderle la mano. Con un golpe seco, la portezuela de uno de los armarios se abrió y un figura se abalanzó sobre el sorprendido bribón, sin que éste pudiese reaccionar. Con un puñetazo, el cazador de brujas partió la mandíbula a la niña, que volvió a caer encima de la almohada. Sacó un puñal y lo clavó una y otra vez en su pecho hasta que paró de gritar. Girándose, se encaminó hacia donde se debatían Clidfort y un hombre desnudo. De una patada lo apartó de su compañero. Puso su bota encima del pecho de éste, y con el otro pie le pateó la cabeza hasta romperle el cráneo.

- *Ahora estamos en paz* - dijo al bribón mientras le ayudaba a levantarse -.
- *¿Qué demonios es esto?* - preguntó -.

Cuando bajó la vista, vio que no era un humano normal. Su piel era azulada y cubierta de llagas y pústulas. Era completamente calvo y sus ojos estaban profundamente hundidos en unas oscuras cuencas. Sus dientes parecían colmillos y las uñas que tenía eran tan largas que parecían garras. Le recordó más a un cadáver que a un ser vivo. Su rostro estaba contraído en una mueca de ferocidad.

- *¿Qué...* - Clidfort se vio interrumpido por el grito de Fëanor -. - *Vamos a ver qué le ocurre!* -le apremió Aragorn -.

Los dos salieron corriendo de la habitación hacia el lugar de donde venían los gritos. Llegaron al poco a un sucio sumidero. Allí se encontraba el elfo luchando desesperadamente con una feroz figura cubierta de excrementos. Del pozo negro que había en el centro de la sala se arrastraban más figuras, todas embadurnadas de inmundicias. Desenvainando sus espadas, ayudaron a su compañero hasta reducir a la criatura. Los tres retrocedieron ante las asquerosas figuras que se les acercaban.

Un portazo les sobresaltó. De una de las muchas puertas empezaron a manar decenas de criaturas idénticas a las anteriores.

- ¡Tenemos que salir de aquí! -gritó Fëanor fuera de sí -.

No hizo falta que lo repitiese. Todos salieron corriendo tan rápido como sus piernas les permitían. Sin pizca de precaución bajaron al trote las deterioradas escaleras, que se derrumbaron bajo su peso. Con un crujido y un posterior retumbar, todo se vino abajo, y los tres compañeros quedaron rodeados por un mar de polvo, astillas y trozos de madera. Sin hacer caso a sus doloridas extremidades se levantaron y salieron al exterior de la mansión como alma que lleva el diablo. Una vez fuera, y con la agradable luz del sol iluminándoles, se sintieron más a salvo. Los tres se sentaron al lado de la boca de un pozo para recuperar el aliento.

- ¡Mirad allí! -les indicó el elfo -.

Los dos hombres vieron como un gran número de criaturas se amontonaban encima de la casa por dónde habían entrado sus compañeros. Algunas de ellas giraron en su dirección, advirtiendo a las otras de su presencia. Como un mar azulado salieron en su dirección. Al mismo tiempo, las puertas de la mansión se abrieron de par en par, saliendo por ella más y más criaturas. Clidfort se atusó nerviosamente el bigote y declaró:

- No fue una buena idea venir aquí.

9

Khirlak levantó el hacha, preparado para descargarla sobre la puerta.

- Espera -le interrumpió Kaz -.

Puso su mano en el picaporte y lo hizo girar. La puerta se abrió lentamente.

- Las puertas también se pueden abrir sin necesidad de una hacha.

El matador, Gotrek y él entraron en el pequeño edificio. El interior era húmedo y hedía a mil demonios. No se veía ningún mueble o objeto, estaba todo vacío. Kaz se cubrió la boca y la nariz con un pequeño pañuelo de seda.

- Aquí huele a muerte -dijo Khirlak -.

Y reciente... -susurró su congénere -. Mejor será estar preparados.

Dicho esto, el enano sacó un martillo de guerra de su mochila. Este tenía un aspecto muy antiguo, y estaba recubierto de runas.

- No me gusta utilizar este recuerdo como arma, pero seguro que no se romperá como esa quincalla humana que tenía antes.

Avanzaron por un estrecho pasillo hasta llegar a otra sala. En ella había una multitud de ataúdes,

todos vacíos.

- *¿Por qué necesitaran tantos ataúdes en una población tan pequeña?* -se preguntó para sí mismo el joven -.

Nadie supo responder a su pregunta.

- *Esa puerta da al exterior* -dijo Gotrek mientras señalaba una puerta por donde se filtraban unos rayos de luz -.

- *Comprobémoslo.*

Los tres se dirigieron hacia la puerta. El matador volvió a levantar la hacha, pero Kaz se le pudo adelantar. Al otro lado había un gran campo santo. Aquí, todos los ataúdes habían sido profanados. Su contenido se esparcía por todos lados. El aprendiz se acercó a uno, y vio que en el interior había un cadáver medio descompuesto. Partes de su cuerpo habían sido arrancadas a mordiscos. La sangre coagulada se filtraba a través de las heridas, con multitud de moscas danzando a su alrededor. Unas arcadas le sobrevinieron en el estómago, obligándolo a apartar la mirada. Vio que murallas de dos metros de alto los rodeaban por todas partes. Gotrek se acercó al joven y le palmeó la espalda.

- *¿Te encuentras bien?* -le preguntó -.

- *No.*

- *Parece mentira que los umgis podáis comerlos a vuestros propios muertos. ¡Los enanos nunca haríamos esto con nuestros ancestros!*

- *Salgamos de aquí* -gruñó el matador -. *Todo está muerto, no hay nada que matar.*

Cuando volvieron sobre sus pasos, oyeron unos pasos que se acercaban desde la calle.

- *Deben ser Clidfort y los otros... espero que podamos irnos pronto de aquí* -imploró Kaz -.

- *No son ellos* -le informó Gotrek -.

- *¿Qué?*

- *Están caminando descalzos, y todos nuestros compañeros llevan botas.*

El joven se sorprendió del agudo oído del enano, pero no tuvo tiempo de sorprenderse mucho más. Con un golpe seco, la puerta que daba a la calle se abrió de par en par. Dos personas desnudas entraron corriendo con las fauces abiertas. Ambas se abalanzaron encima del matador, que era quien iba en cabeza. Sin espacio para poder maniobrar con su pesada arma, empezó a propinar puñetazos. Kaz desenenvainó su espada.

- *¡Ven aquí, maldito monstruo!* -gritó amenazante -.

El hombre se levantó y corrió en su dirección. El aprendiz de alquimista levantó la espada y... su enemigo se empaló por sí mismo. Mientras tanto, Gotrek estaba ayudando a su compañero, y entre los dos habían apaleado al último. Los tres observaron la extraña apariencia de esos humanos. Eran como los que ya se habían encontrado Fëanor y los otros, aunque no lo sabían. Un murmullo de voces les sobresaltó. Kaz sacó la cabeza por la puerta y vio que una multitud de criaturas como esas se dirigían hacia donde estaban ellos.

- *Aguantad la puerta!* -avisó a sus compañeros -.

Cerró la puerta y los tres se apoyaron a ella. Apenas pudieron aguantar la fuerza de las criaturas al chocar contra la puerta.

- ¡Coge algo para cerrar la puerta! -le gritó Gotrek -.
- ¿Algo?. ¡Pero si no hay nada!
- ¡Búscalos!

Presuroso, empezó a buscar por toda la casa. Apartó un ataúd con el pie para moverse. ¡Por Sigmar!. ¡Deabajo había un desagüe lo suficientemente grande como para bajar los tres!. Una imprecación en Khazalid le hizo pensar en sus compañeros. ¡Claro, el ataúd!. Cogió por los bordes un féretro y lo arrastró hasta donde estaban los enanos. Los dos estaban sudando y se les apreciaban las venas de los brazos y la cabeza. Tenían un aspecto temible.

- ¡Apóyalo en la puerta! - Jadeando por el esfuerzo, Kaz consiguió hacer lo que le ordenaban.
- ¡He visto una salida! -les dijo excitado -. ¡Seguidme!
- Yo no me iré -declaró el matador -.
- ¿Cómo?
- Quiero quedarme para matar a los humanos que se comen a sus ancestros. Iros ahora, no podré aguantar la puerta mucho más

No tuvo que repetirlo dos veces. Gotrek miró a su compañero y puso la mano sobre su ancho hombro. Kaz tuvo que arrastrar al emocionado enano hasta el desagüe, mientras el matador continuaba sosteniendo la puerta. Abrió la tapa y lo empujó dentro a Gotrek, siguiéndole él mismo.

10

Fëanor cogió su arco y empezó a disparar flechas a la multitud que se acercaba. Clidfort y Aragorn esperaron hombro junto a hombro con las espadas en alto. A su espalda estaba el pozo de agua, que permitía que no los rodeasen por la espalda.

- ¿Preparados para recibir la absolución de Sigmar? -les preguntó el cazador de brujas -.

Una mano se posó sobre el hombro del bribón, que por un momento creyó que era el propio dios emperador que lo venía a recoger para llevarlo al mundo de la muerte.

- ¡Ayúdame!

En realidad era Kaz, que estaba colgando por la cuerda del pozo y le pedía ayuda. Clidfort le ayudó a salir del pozo. Detrás de él venía Gotrek. Ambos estaban embadurnados de agua sucia de pies a cabeza.

- ¿De dónde llegáis? ¿Y Khirlak?
- ¡Hay unos seres horribles en este pueblo!
- Ya lo sé, allí están -le dijo señalando a la multitud que se acercaba -.

El semblante del joven palideció al instante.

- ¿Y ahora qué? -preguntó tartamudeando -.

- *Ahora vamos a morir como héroes* -dijo sonriendo Aragorn -.

En total había más de cien criaturas ansiosas de carne; ellos eran seis. Kaz lanzó una última plegaria a Sigmar y Verenna, empuñó la espada y se preparó para morir con dignidad.

Un estruendo los sobresaltó. Algunos de los "hombres" que iban en cabeza cayeron de bruces al suelo, sangrando por enormes heridas. Un regimiento de caballeros, que empuñaban pistolas y espadas se lanzaron sobre la horda. Brazos y cabezas salieron disparados en todas direcciones.. La batalla no fue emocionante. En poco más de dos minutos todas las criaturas estaban corriendo desbandadas de un lado a otro mientras los caballeros les daban caza.

Kaz dio gracias a todas las divinidades por el favor que les habían hecho. Al cabo de un rato, un caballero y el ensangrentado matador se acercaron a ellos. La sangre que lo recubría no era suya.

- *Ésos raquíticos no me han ofrecido una muerte digna* -gruñó Khirlak -.
- *Volvemos a encontrarnos* -les dijo el hombre -. *He encontrado a este rodeado por un montón de enemigos muertos.*

Lo reconoció como al líder de la comitiva de impuestos, con quien ya se habían encontrado dos días antes.

- *Ya les avisé que estos lugares eran peligrosos.*
- *Tiene razón...* -le respondió Clidfort -. *¿Qué eran esos monstruos?*
- *Nosotros los llamamos caníbales, aunque se los conoce habitualmente como necrófagos.*
- *¿Necrófagos?*
- *Son hombres y mujeres que en épocas de hambre se comen a los muertos. Finalmente acaban depravados y se habitúan al canibalismo.*
- *Que horrible...*
- *Ésta es la realidad de Sylvania, aunque en el interior es aún peor.*
- *No me lo imagino* -pensó en voz alta el joven aprendiz -.
- *Se dice que Manfred Von Carstein ha vuelto y está reconstruyendo la fortaleza de Drakenhof.*
- *Lo tendremos en cuenta, gracias noble caballero* -le agradeció Aragorn -.
- *Aún están a tiempo de dar marcha atrás.*
- *No. No podemos dejar vivir a los corruptos. Nunca.*